
Libertad de Imprenta

Roberto Payró

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6277

Título: Libertad de Imprenta

Autor: Roberto Payró

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de enero de 2021

Fecha de modificación: 1 de enero de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Libertad de Imprenta

Las cosas iban tomando en Pago Chico un giro terrible. La política enardecía los ánimos y «La Pampa» y «El Justiciero» se dirigían los cumplidos de mayor calibre que hasta ahora haya soportado una hoja de papel. Estaban cercanas las elecciones municipales, y cívicos y oficialistas abrían ruda campaña, los unos para conquistar, los otros para retener el gobierno de la comuna. «La Pampa» no dejó de aprovechar el desfalco descubierto en la tesorería municipal, y no dirigió sus golpes al culpable tesorero, sino que se encaró con el intendente mismo. Un parrafito:

«Si don Domingo Luna estuviera donde debe estar, que no es seguramente en la intendencia de Pago Chico, sino cerca de Olavarría, no se hubiese cometido ese robo escandaloso, que una vez más viene a demostrar cómo la pobre provincia que sufre la canalla entronizada de un gobierno que es la cueva de Alí Babá, va a ser esquilhada hasta el último peso por los secuaces que ese gobierno mantiene en todas partes, ya que no hay persona decente que quiera servir sus planes ignominiosos, y si puramente hombres sin honor ni vergüenza».

Y el artículo que seguía in crescendo, peor en sintaxis y pésimo en intenciones, enfureció a don Domingo de tal modo, que se fue como un cohete a consultar el caso con el escribano Ferreiro, su mentor en las grandes emergencias. Quería acusar a la publicación. Ferreiro, sudoroso, leyó atentamente el artículo, dejando oír ligeros ihum! ihum! intraducibles; luego depositó el diario en las rodillas y sentenció:

—No es acusable.

Don Domingo Luna se exaltó, replicando, pálido de ira:

—¿Quiere decir que porque a un miércoles se le ocurre robarse la plata de la municipalidad, a mí me puede decir que debo estar en la cárcel de Sierra Chica ese canalla de Viera?

—No lo dice, lo da a entender, —repuso tranquilamente Ferreiro.

El más alto funcionario de Pago Chico salió de la escribanía furioso, gruñendo entre dientes:

—Me las ha de pagar ese insultador sin vergüenza. ¡Ya verá, ya verá! ¡Lo que es esta vez no se libra de una tunda!

Seguramente influía en el tumultuoso furor de don Domingo el estado del tiempo. Todo aquel día hizo un calor espantoso. El horizonte, al norte y al oeste, estaba oculto tras de vapores vagos que daban al cielo tintas sucias, un color borroso de polvareda lejana. Rachas de viento caliente como sí saliera de un horno, barrían las calles calcinadas por el sol. Nadie salía de casa; todos se sentían invadidos por un malestar creciente, con el pecho opreso, jadeantes y sudorosos aun en la inmovilidad. En sus ráfagas el viento traía olor a paja quemada. El bochorno aumentaba por minutos.

Avanzando la tarde, el sol se ocultó entre nubes de fuego; pero el incendio del ocaso parecía extenderse al norte, donde la extraña niebla tomaba resplandores rojizos. La noche cayó lentamente, y el viento que forma montones de arena en las aceras y la pasea triunfante de un lado a otro de la calle, no disminuyó su furor ni se dignó refrescar algo; quería achicharrarlo todo.

Cuando oscureció completamente, se notaron en el cielo de azul profundo, dos grandes parches luminosos, de cálidas tintas, semejantes —menos en el tono— a la claridad difusa que por la noche y desde lejos se ve flotar sobre las

ciudades bien alumbradas. Tras de ese velo transparente, de color naranja, titilaban las estrellas en el cielo sin una nube...

Era el incendio del campo, que había cundido con la violencia de los grandes desastres como se verá cuando se lea que «El diablo» estuvo también en Pago Chico.

La noche era oscura, pintiparada para cualquier combinación política de esas que concluyen a garrotazo limpio; y como el señor intendente había tenido tiempo de prepararse hablando con el juez de paz don Pedro Machado, para pedirle la aprobación de su plan, y con el comisario Barraba para que le prestase cuatro vigilantes vestidos de particular, aguardaba al pobre Viera una que «había de dolerle», según declaró don Domingo, al anochecer, en el Club del Progreso, delante de los concejales gubernistas, el comisario del mercado de frutos y el inspector del riego.

Viera no tuvo aviso esta vez y se retardó en la redacción de «La Pampa» hasta mucho después de anochecido. Había baile esa noche en casa de Gancedo —en el patio, por el calor, con faroles chinescos y guirnaldas de sauce y yedra—, iba la novia, no asistiría gubernista alguno, y no era posible faltar. Se dio una tarea espantosa para «llenar» el diario, y a las ocho y media salió para ir a mudarse de ropa: estaba de tinta de imprenta y kerosene, de no poder acercársele. Llevaba su bastón en la mano y el infaltable Smith-Wesson en el bolsillo de atrás del pantalón.

Paseaban la acera oscura cuatro sombras sospechosas. En frente, cerca de la talabartería de Tortorano, un bulto se distinguía apenas en el quicio de la puerta de Troncoso. Era don Domingo, ganoso de presenciar el castigo de su insultador.

—¡Hum! —se dijo el periodista— ¡esto es algo!

Apenas le vieron, los vigilantes —las sombras— se echaron sobre él, blandiendo unos talas irresistibles; pero en ese

momento, interesado por la escena que iba a desarrollarse, Luna tuvo la mala suerte de entrar en el radio de luz de la vidriera de Tortorano. Viera le reconoció, y haciendo una gambeta a los presuntos apaleadores, cruzó la calle como un rayo, alzó el bastón cuando estuvo cerca del intendente, le cruzó dos veces la cara con dos soberbios garrotazos, «¡Tomá, tomá, canalla, traidor!» y se metió de un salto en casa de Troneoso, que comía con su familia, aprovechó el primer instante de indecisión de los otros, corrió al fondo, trepó la tapia, bajó a la calle, y amparándose en la sombra, se fue a su casa...

Luna, ciego de ira y de dolor, hizo violar el domicilio de Troncoso; pero los agentes y él mismo se entretuvieron en buscar por las habitaciones, dando a Viera el tiempo de escaparse. Mas el periodista, incauto, había ido a mudarse ropa en vez de buscar sitio seguro, y no tardó en ser aprehendido bajo la acusación de «desacato a la autoridad». El insigne y sapientísimo juez de paz, don Pedro Machado, había prometido firmar al día siguiente —antidatada, como es natural— una orden de allanamiento para la casa de Troncoso y para cualquiera donde pudiese estar ese «chanchito». No había, pues, que temer ulterioridades, y se haría justicia.

Gracias a esta rapidez de procedimiento —excepcional en Pago Chico— el comisario Barraba, precedido por seis vigilantes de uniforme, invadió la casa de Viera, que estaba lavándose, en ropas menores y descalzo para no salpicar los zapatos de charol.

—¡Marche!

—¡Pero hombre, no he de ir desnudo!

—¡Marche, canalla!

Por fin le permitieron ponerse unos pantalones y calzar unas zapatillas, y en camiseta lo llevaron a empellones, por el

medio de la calle, hasta la comisaría en cuyo calabozo inmundo lo metieron.

—¡Yo t'enseñar, trompeta! —le gritó Barraba sacudiendo la mano en el aire, apenas le vio encerrado.

Y allí pasó la noche Viera echando por esa boca cuanto terno figura en el vocabulario de Pago Chico, que es uno de los completos en la materia.

Al día siguiente «La Pampa» salió «tremenda».

Informados a tiempo los amigos, primero por Tortorano, que lo había visto todo, pero que no se animó a terciar, luego por Troncoso, que protestaba contra el atropello de su domicilio, después por Silvestre, el boticario, que nada había visto, pero que todo lo sabía y aún agregaba detalles de su cosecha, y enseguida por Pago Chico entero, que se arremolinó cuchicheando en el club, en los cafés, en la plaza, hasta en el baile de Gancedo, y que hacía silencio apenas asomaba un oficialista —informados a tiempo, repetimos—, se encargaron de dar la nota del día en el periódico, hicieron parar la máquina, aflojaron las formas y añadieron un primer editorial cortito, pero sabroso, que se atribuyó generalmente a la bien cortada pluma del doctor don Francisco de Pérez y Cueto, que aunque español, era muy patriota y un liberal hasta allí.

No podemos renunciar al placer de exhibir ese documento histórico, ya que está al alcance de la mano:

«La infamia entronizada en este desgraciado pueblo de Pago Chico, por culpa de un gobernador de la provincia de Buenos Aires que no merece más que el desprecio, y que comete cuantas tropelías harían poner rojo de vergüenza a cualquier hombre con ciertos ápices de dignidad, ha llegado hasta un extremo que no puede concebirse en un país libre donde todo el pueblo y los ciudadanos además quieren la libertad de las instituciones.

«La prensa, que es el cuarto poder del estado, y que es una institución simultáneamente y, al mismo tiempo, no se ve libre de las asechanzas de esos malvados que roban y esquilman al pueblo a mansalva y sin que haya quien les castigue, porque tienen el poder en la mano, y no contentos con eso echan mano de la fuerza bruta para hacer callar la protesta indignada de un pueblo que sufre sus desmanes y sus depredaciones.

»Como ven que la valiente propaganda de este diario no se detiene ni tergiversa, han llegado en su infamia y su traición hasta asaltar en plena vía pública a nuestro valiente y noble director, y no satisfechos con ese brutal e incalificable atentado, le han sumergido luego en un estrecho e inmundo calabozo infecto, casi desnudo, después de arrancarlo de su casa donde se estaba mudando ropa para ir al baile de, lo de Gancedo, y no sin antes haber violado su domicilio como violaron el de la casa del señor Troncoso para buscarlo los emponchados que con el intendente a la cabeza trataban de darle una paliza de la que el intendente fue el que salió mal parado.

»Y entretanto nuestro director está preso inicualemente.

»iAsí obran las autoridades gubernistas!

»iiAsí se respeta el domicilio privado de las casas de familia!!

»iiiAsí se respeta, también, la prensa por esos canallas ensoberbecidos, bandoleros del poder!!!

»iiiiPero no nos harán callar!!!!

»iiiHemos de decirles todas sus porquerías, y hemos de sacar muchos cueros al sol!!!

»iiiiMiserables!!!!!!

»Mañana nos ocuparemos más extensamente de este

atentado brutal. Hoy la indignación nos pone mudos y a más la falta absoluta de espacio nos impide tratar el tema con la extensión que merece».

Como se ve no habían alcanzado los puntos de admiración para el último párrafo. El regente quiso distraer dos de iiiiiiMiserables!!!!!! o de alguna de las frases anteriores, pero no se lo permitieron, porque al fin y al cabo, el último párrafo era puramente explicativo.

Por su parte «El Justiciero —el papel oficial—, no se quedó corto tampoco en aquel memorable día. He aquí lo que escribió:

«El individuo Viera, que no se detiene en sus asquerosos avances de pasquinero soez ni ante el sagrado del hogar, ha llevado ayer su justo merecido, recibiendo una paliza de padre y muy señor mío que le propinó nuestro distinguido amigo y correligionario señor Domingo Luna, que con tan empeñoso acierto rige las funciones de intendente municipal de este progresista pueblo».

Hay que hacer notar que este párrafo —y alguno de los que siguen—, fue escrito antes del suceso. Luego hubo que cambiar algo en la redacción por la inesperada vuelta de la tortilla. Pero ¡qué diablos! el artículo quedó bien de todos modos y no era cosa de que los cajistas se estuvieran toda la noche en la imprenta. Además ¿cómo decir que el apaleado había sido don Domingo? El artículo continuaba:

«Como a Viera no se le hace más caso a sus ataques que a un perro sarnoso, se le hizo el campo orégano, y no contento con insultar desde su pasquín inmundo, quiso también echárselas de matón y agredió infamemente al señor Luna, pero le salió la torta un pan, porque fue por lana y salió trasquilado y se metió a apaleador y casi no le dejan hueso sano!»

—¡Coñe! ¡Así se escribe la historia! — exclamaba el doctor

Pérez y Cueto al llegar aquí de la lectura:

«Habíamos pronosticado que esto iba a suceder matemáticamente, porque no podía ser de otro modo, porque estos advenedizos llenos de desvergüenza y cínicos, y que tienen por arma la calumnia soez, infame y asquerosa, para conseguir cuatro suscripciones de otros tan despechados y tan procaces como ellos, no hacen más que insultar a los que valen más que ellos, sin comprender que con eso no se puede transgredir ni paliar la opinión pública.

»Esa escoria social en la prensa, cuya misión es tan elevada y tan seria y que alguien ha dicho que los periodistas son patronos de almas, da hálitos de podredumbre inmundas a los pueblos que infestan y debían preocuparse los gobiernos de poner a raya con sabias limitaciones reglamentarias y leyes al propósito a esa prensa brava que destila haba sobre todos los que no comulgan con sus ruedas de molino.

»Una ley de imprenta que enfrene a esos insultadores de oficio se hace necesaria inminentemente. Sino, sería necesario hacerse justicia por su propia mano, como en el caso de ayer.

»En cuanto a éste, sobre el cual mucho tendríamos que decir porque pertenece a esa calaña; pero que nos llamamos por la circunstancia misma de ser nuestro enemigo político, (lealtad que no tiene él en sus desbordes infames, entre paréntesis) está preso en la comisaría y hoy mismo será puesto a disposición del digno juez de paz de este partido, señor don Pedro Machado.

»El señor intendente sigue algo mejor, y los doctores Carbonero y Fillipini decían anoche que dentro de dos o tres días podrá salir a la calle.»

Ante la lectura de ambos diarios había para quedar perplejo. Al fin de cuentas, ¿quién había dado a quién? ¡Problema! Pero para eso estaba Silvestre que en cierta ocasión, encarándose

con Viera y refiriéndose a «La Pampa» y a su propaganda, había exclamado, orgulloso:

—¡Ella sale una vez al día, y yo salgo a todas horas!

Así es que no faltó buena y bien exagerada información en Pago Chico: Luna, que preparaba una celada a Viera para vengarse de sus justos ataques, había recibido una paliza que lo había «dejado mormoso», después de lo cual el comisario, con treinta vigilantes armados a rémington, habían asaltado la casa del periodista, y no sin que éste opusiera una resistencia heroica, en que hubo tiros pero no heridos, (los tiros los oyó todo el mundo aunque no sonaron) fue reducido y se le condujo preso al más sucio y poblado de sabandija de los calabozos policiales... Allí estaba Viera aún. ¿Quién sabe si no lo habían estaqueado?

La población de Pago Chico despertó al otro día incómoda y cuchicheante. Sin embargo, escaldada tantas veces, no alzaba mucho el diapasón... ¡Claro! ¿Y las consecuencias?... No era cosa de meterse a redentor y salir crucificado.

Verdad es que en la cantina de la estación del ferrocarril, donde no acostumbraba presentarse oficialista alguno, un grupo que absorbía el vermouth matinal se ocupó calurosamente del suceso, y después de una arrebatadora e inspirada alocución de Lobera, secretario del comité y oficial de la peluquería de Bernardo, declaró y juró que era deber nacional devolver la libertad a Viera, y que lo liarían «si a las buenas, a las buenas: si a las malas... ¡a las malas!» palabras textuales del arrebatado Tortorano, que la noche anterior había juzgado de alta política no asomar las narices a la puerta.

—¡En último caso —exclamó Lobera, que destilaba agua de violeta por todas partes y entusiasmo por la boca— en último caso asaltaremos la comisaría y le daremos una paliza a Barraba!

—¡Muy bien dicho! —exclamaron unos.

—¡Eso es!, ¡una paliza al comisario!. —gritaron otros.

—¡Bravo! ¡Bravo! —aullaron los demás.

Silvestre, que entraba, vociferó, aunque estaba ronco desde la noche antes:

—¡Es un atropello infame! ¡Que suelten a Viera!

Y durante un rato continuó la discusión, en voz muy baja pero acaloradamente, y lo curioso es que el grupo se fue desgranando poco a poco de una manera casi imperceptible. Bebían su vermuth o su bitter, y se evaporaban, uno a uno, silenciosos, yéndose cada cual por su lado, no sin dirigir a la salida una sonrisita amistosa al vigilante que de acera a acera, y observando el interior del café, se paseaba por la esquina.

—¿Se ha ido Lobera?

—Hombre, sí; y Silvestre también.

—¿Y Tortorano?

—Acaba de salir.

—¡Así no se puede hacer nada nunca! —exclamó Pedrín, que también tomó la puerta encogiéndose de hombros.

Al pasar por la comisaría miró hacia adentro, apretó el paso y se metió en su casa. El «hotel del poco trigo», como le solía llamar, no era de sus aficiones.

Sin embargo podría —él, tan curioso— haberse detenido a observar lo que pasaba en la comisaría.

En medio del patio, bajo el sol rajante, un agente de plantón, tieso como el Apolo del jardín de Bermúdez —aquella estatua de yeso pintado imitando mármol veteado, que tanto

podía representar a un tullido— miraba de reojo a sus compañeros que tomaban mate, y de frente a las oficinas.

—Che, Avellanera, alcanzá uno —dijo el plantón al cebador del amargo, viendo que los oficiales estaban de jarana en el despacho.

—¡SÍ! ¡P'a que me frieguen! Andá que te dé Viera.

Los otros, formando grupo alrededor de la pava que hervía sobre un fueguito de virutas en la sombra del paredón, se rieron a carcajadas de la ocurrencia. Viera, medio desnudo, estaba en el calabozo, y Fernández, el agente de plantón, era el jefe de la partida que debió apalearlo. Barraba lo había castigado «por sonso», y porque sospechó quizá que tenía afición al «pasquintero».

Casualmente, el comisario entró en aquel momento.

—¡A ver vos, Fernández, vení acá!

El plantón hizo la venia y con los sesos tostados por el sol, se acercó miedoso y cariacontecido. Los otros se habían levantado y estaban firmes, con la mano a la frente y expresión de la más absoluta humildad.

Barraba entró en su oficina, se sentó junto al escritorio, y viendo que Fernández, cuadrado, se quedaba a la puerta, le gritó con voz áspera y frunciéndole las cejas:

—Entrá.

Casi temblando entró y se cuadró de nuevo, silencioso.

—Vos andás con Viera ¿no?

—Yo... señor... —balbuceó el infeliz, que al oír tan terrible acento, hubiera querido hallarse a veinte leguas.

—¡Es inútil que negués! ¡Yo mismo t'he visto! ¿Qué te decía ayer en la puerta de la imprenta?

—Nada, señor comisario.

—¿Cómo nada? ¡Algo te había de decir!

—Me preguntaba por m'hijo Pancho; que quería hablar con él, me dijo:

—Sí, ¿y vos le avisarías lo de anoche, no? Ya sabés que yo no quiero que te metás a mulo grande ¿entendés? Cuidadito conmigo, que si yo sé que te metés en otra, te hago estaquear. Ahora andate y icuidadito!...

El agente salió que no sabía lo que le pasaba. Le temblaban las piernas y sudaba y trasudaba, tan lejos de Juan Moreira como Pago Chico de la capital federal.

Barraba llamó a otro agente.

—Traigamé el preso —dijo.

—¿A cuál? ¿Al señor Viera?

—¡Qué señor ni qué señor! ¡Vaya y traigamé al preso, le digo!

Un momento después Viera aparecía en el despacho, escoltado por el agente. Llegaba pálido y desgredado, en camiseta y zapatillas, pero entero y altivo como cuadra a todo periodista perseguido por el poder.

El comisario estuvo largo rato sin alzar la vista, fingiendo que examinaba unos papeles. Viera, de pie y en silencio, se mordía los labios de rabia.

—¿Por qué está preso? —preguntó al fin Barraba, clavando en él una mirada iracunda.

—No sé.

—¿Qué? ino sabe! ¡Qué no ha de saber!

—¡Lo que puedo asegurarle es que no soy yo quien debía estar preso!...

—¡No se me insolente! —gritó iracundo.

—No me insolento. Me pregunta y le contesto.

El agente dio un paso hacia Viera, aunque éste estaba aparentemente impasible. Barraba se reprimió pero le hubiese gustado hallar ocasión de «darle unos planazos al pasquintero».

—Bueno. Usted lo ha lastimado al señor Luna.

—Él me agredió... me he defendido. Después se trataba de una emboscada... y si no ya ve cómo me asaltaron cuatro emponchados que de seguro me matan si no me meto en casa de Troncoso.

El comisario pareció reflexionar.

—Bueno —dijo por fin—, esa es su versión. Pero el señor intendente no dice lo mismo, y los testigos tampoco.

—¿Quiénes son los testigos? ¿Los vigilantes disfrazados? ¡Los he conocido bien!

Barraba, ciego de ira, se levantó a medias de su asiento, pero logró reprimirse otra vez, y tras una larga pausa, fingiendo tranquilidad, dijo lentamente, cantando las palabras casi sílaba por sílaba:

—¡Qué quiere, amigo! ¡Diga lo que se le antoje! ¡Aquí no hay más agresor que usted, y yo tengo la obligación de pasarlo al juez de paz por su delito de desacato a la autoridad!

—¡Pero eso es una injusticia! ¡Usted es mi enemigo y abusa de su puesto! —exclamó Viera que ya estaba viendo quince días o un mes de prisión en el calabozo, los interrogatorios intolerables, las vejaciones sin término, y para fin de fiesta,

el viajecito a La Plata, entre dos vigilantes, y quizá con grillos...,

—¡Enemigo!, ¡injusticia, eh! — gritó Barraba, morado de cólera— ¡Mire, amiguito, no me cargue la paciencia, canejo!

—¡Es que es la verdad! —repuso el otro con indignación.

—¡Conque enemigo, eh! Pues ande con cuidao, cuando salga, con el enemigo y con lo que escribe en su pasquín, si no quiere probar un buen guiso de lonja!

Y dirigiéndose a la puerta de la otra oficina, gritó:

—¡Benito! Hace l'ata de Viera.

El escribiente tenía el acta preparada ya y acudió a leerla con voz monótona:

«Llamado a mi presencia el acusado Julián Viera, dijo que él había sido agredido por don Domingo Luna y que se defendió en defensa propia y que le pegó unos palos, y que entonces vinieron emponchados, y que él entonces se metió en casa de Troncoso y que entonces los otros lo dejaron irse. Preguntado el delincuente si conocía a los hombres que decía que lo habían querido asaltar, el declarante dijo que no, y que no los había podido conocer porque dijo que la noche estaba muy oscura y que no había luz. Y leído que le fue su declaración, se ratificó y firmó conste.»

—Yo no firmo —dijo sencillamente Viera.

—¿Por qué? —preguntó Barraba indignado de ver desconocida su omnipotencia.

—Porque eso es una barbaridad.

Ya era como para no aguantar más; pero Barraba tenía mucha fuerza de voluntad y mucha prudencia, y se limitó a ordenar:

—¡Volvélo al calabozo!

Y cuando Viera salió, se quedó murmurando un «de nada te ha'evaler» que sólo terminó cuando tuvo a bien regalar a Benito con este cumplimiento a propósito de la redacción del acta.

—¡También vos sos más bruto que un par de botas!

El escribiente se quedó impasible; ya estaba acostumbrado a esas rebuscadas galanterías.

—A ver si ponés en el libro la entrada de ese sonso: «Por desacato a la autoridad a mano armada del intendente».

Y el involuntario epigrama, retratando una época, sonríe aún en el libro de entradas y salidas de la comisaría de Pago Chico.

Los telegramas habían llegado a todos los diarios de oposición de Buenos Aires y La Plata, y el hecho asumía las proporciones de un verdadero escándalo. ¡Qué arma aquella, y en qué momentos! Asustados del ruidoso asunto, los caudillos platenses juzgaron conveniente ahogarlo al nacer echándole tierra, y el diputado Cisneros, mandón de Pago Chico, sirviendo de truchimán a los jefes del partido oficial todavía no endurecidos en la brega, hizo al juez de paz, don Pedro Machado, el siguiente despacho:

«Dejen Viera. Conviene altos intereses partido. Aquí lamentase brutal atentado contra digno intendente Luna. Pero hay demostrar oposición, tranquilidad, espíritu. Ponga asaltante inmediatamente libertad. —Cisneros.»

El escribano Ferreiro había criticado acerbamente la aventura y el desmán, abundando en las mismas opiniones.

—Eso es querer hacer callar un chanco a palos —dijo a Luna y a Barraba—. Otra vez no sean tan bárbaros. A hombres

como Viera hay que matarlos o dejarlos. Nada de palizas. Sítienlo por hambre más bien.

...La orden del diputado se cumplió sin pérdida de momento. El consejo de Ferreiro comenzó también a ponerse inmediatamente en práctica.

Roberto Payró



Roberto Jorge Payró (Mercedes, Provincia de Buenos Aires, 19 de abril de 1867 - Lomas de Zamora, 5 de abril de 1928) fue un escritor y periodista argentino. Ha sido considerado como "el primer corresponsal de guerra" de su país.

En sus novelas puede apreciarse un lenguaje propio de la época, costumbrista, irónico. Utiliza personajes típicos y relata situaciones comunes, mostrando a los inmigrantes

italianos, o el "pícaro criollo".